

cado como un acto de cobardía, y está bien probado sin embargo que conocía bien sus fuerzas. «Si armase el pueblo y los soldados, decía, la cámara de los representantes sería destruida; pero quiero evitar la guerra civil. Si tomase el gorro encarnado, los soberanos aliados podrían pensar en la defensa de sus propios estados.....» Pero semejantes medios le habían siempre repugnado.

La abdicación de Bonaparte fué unánimemente aplaudida, y sin embargo se dividió en las medidas que debían tomarse en seguida. Dupin pidió que se declarase el trono vacante, y la cámara en asamblea nacional. Hubo muchos rumores; se pasó á la orden del día, y se hicieron otras proposiciones. Gareau, leyó el artículo 96 de la acta

adicional, que excluía para siempre del trono de Francia á los Borbones, y se repitieron los gritos de *¡fuera los Borbones!* Regnault (de Saint-Jean-d'Angely) pidió que toda proposición contraria á los derechos de la familia de Napoleon fuese separada. La cámara, eludiendo discutir sobre esta moción, aceptó la abdicación, y mandó que se nombrase una comisión compuesta de cinco miembros, los tres, nombrados por ella, y los otros dos por los pares, para gobernar provisionalmente y tratar con los extranjeros, designando para ocupar este alto puesto á Fouché, Carnot y Grenier.

Estas medidas que excluían á Napoleon de toda participación en el poder no fueron suficientes á sus enemigos, y Enrique Lacoste le acusó de

que estaba preparando otro 18 del brumario; pero Davoust rebatió estas acusaciones, y la cámara aplaudió é interrumpió tan deplorables debates.

La cámara de los pares, tan tranquila hasta entónces, fué testigo de semejantes escenas. Aceptó igualmente la abdicacion de Bonaparte, adoptó la resolucion que se dirigia á formar un gobierno provisorio, y llamó á las dos plazas vacantes de esta comision á Caulaincourt y Quinette, y del mismo modo que la cámara de los representantes, eludió el reconocimiento de Napoleon II. La discusion fué acaloradísima, y Labédoyère, indignado de la ingratitude de los pares que, dos dias antes, adulaban al emperador, prorumpió en decirles cara á cara cosas que los afeaban mucho. «¡Gran Dios!

¿estamos condenados á no oír aquí sino voces bajas?...» gritó. — «Jóven, le dijo Masséna, no sabeis lo que haceis.» — «¿Creeis que estais en el cuerpo de guardia?» añadió Lameth. Es verdad que Labédoyère heria las conveniencias parlamentarias, pero haciéndoles oír una terrible verdad. Este desgraciado jóven, despues de la vuelta de Napoleon, no habia cesado de reclamar la libertad de la Francia. Despues de la desgracia de Monte San Juan, quiso que se pensase solamente en salvar la patria y el emperador: y sus colegas no podian comprenderle.

Otro escándalo turbó la sesion de la cámara de los pares, y fué que, en el momento en que Davoust leia la relacion sobre la situacion del ejército, Ney gritó: «¡Todo eso es falso!» y en

un discurso terrible, presentó la toma de Paris como inminente, y anunció la inutilidad de otro cualquier medio que no fuese las negociaciones.

El día siguiente se empeñó aun mas la discusion en la cámara de los representantes, y Manuel puso un término con una mocion ambigua, haciendo declarar que era inútil reconocer á Napoleon II, pues que la constitucion le daba derechos incontestables al trono. Los diversos partidos se pusieron de su parte, y se nombraron comisarios para tratar con los soberanos á Lafayette, Sebastiani, Argenson y Benjamin Constant. Fingieron oír sus proposiciones los aliados, pero no dejaron por eso de acercarse á la capital.

Napoleon se tentó por un momento de tomar de nuevo el mando, pero sus

amigos se lo quitáron de la cabeza, y trató entónces de estarse en Malmaison. Decia que su carrera política habia concluido, y que no habia peligro alguno en permitirle vivir en Francia como un simple particular; pero inmediatamente conoció que sus amigos miraban mas el interes propio que el suyo. Davoust habia declarado que le haria salir por fuerza de Paris, y Carnot, su antiguo enemigo, vencido por su desgracia y magnanimidad, lloraba enternecido viéndole partir. Fouché al contrario, á quien habia colmado de favores, cubierto con sus cordones y placas, y á quien hizo duque, esperaba con impaciencia este momento para entablar negociaciones directas con Wellington y Luis XVIII.

Sin embargo la cámara de los re-

sentantes guardó en los últimos días de su reinado una actitud imponente, y mientras los enemigos se acercaban á la capital, discutía una constitucion. La cámara de los pares, al contrario, no se reunía ya sino por las formas, y las deliberaciones de los representantes eran nulas, porque no tenían en sus manos el poder, ni estaban protegidos por gefes de tropas ni de administraciones. Fouché presidía la comision del gobierno y se habia hecho dueño de ella á pesar de Carnot. Este Fouché, que tenia inteligencia con los enemigos, preparaba todos los caminos para que el triunfo hiciese su marcha sin encontrar pantano alguno. Las discusiones de los representantes no eran ya sino vanas palabras que la presencia del peligro honraba. El ejército, sin

gefes, sin direccion y sin orden, manifestaba aun las mejores disposiciones; si hubiese conservado á su cabeza el antiguo general que le habia tantas veces conducido á la victoria, hubiera podido resistir, pero sin él no podia hacer sino inútiles y desgraciados esfuerzos. En fin las tropas aliadas vinieron á acamparse bajo las murallas de Paris, y los soldados podian y querian batirse; pero un terror pánico se apoderó de los agentes imperiales, y capitularon. La comision del gobierno advirtió á las dos cámaras que se habia concluido una convencion, y Fouché transmitió al mismo tiempo las proclamas de Luis XVIII. Los representantes mandaron la impresion, y Carnot se vanaglorió de la suspension de hostilidades, pagando un justo tributo

de elogios á los bravos soldados que la capitulacion desterraba al otro lado del Loira. Al mismo tiempo propuso, como basa fundamental de todo gobierno futuro, un *bill* de derechos; esta proposicion, combatida por Manuel, fué adoptada, y la declaracion de derechos, testamento político de la asamblea, fué proclamada en estos términos:

«Las tropas de las potencias aliadas van á ocupar la capital, y la cámara de los representantes no dejará por esto de continuar sus sesiones en el centro de los habitantes de Paris, á donde han sido llamados sus mandatarios por la voluntad expresa del pueblo.

«Pero en tan graves circunstancias, la cámara de los representantes debe

«á sí misma, á la Francia y á la Europa entera, una declaracion de sus sentimientos y principios.

«Declara, pues, que hace una solemne apelacion á la fidelidad y patriotismo de la guardia nacional de Paris, encargada del depósito de la representacion nacional.

«Declara que descansa con la mas alta confianza sobre los principios de moral y de honor, sobre la magnanimidad de las potencias aliadas y sobre el respeto á la independencia de la nacion, tan positivamente expresado por sus manifiestos.

«Declara que el gobierno de Francia, cualquiera que sea su gefe, debe reunir los votos de la nacion legalmente emitidos, y coordinarse con los demas gobiernos, á fin de que sea

«un lazo comun y la garantía de la paz entre Francia y Europa.

«Declara que un monarca no puede ofrecer garantías reales, si no jura observar una constitucion deliberada por la representacion nacional y aceptada por el pueblo. Por consiguiente todo gobierno que no tenga mas títulos que aclamaciones y la voluntad de un partido, ó que sea colocado por la fuerza; todo gobierno que no adopte los colores nacionales y no afianze:

«La libertad de los ciudadanos;

«La igualdad de los derechos civiles y políticos;

«La libertad de la imprenta;

«La libertad de los cultos;

«El sistema representativo;

«El libre consentimiento de levas de hombres é impuestos;

«La responsabilidad de los ministros;

«La irrevocabilidad de las ventas de bienes nacionales, cualquiera que sea su origen;

«La inviolabilidad de las propiedades;

«La abolicion de los diezmos, de la nobleza antigua y moderna hereditaria y la feudalidad;

«La abolicion de toda confiscacion de bienes;

«El olvido absoluto de opiniones y votos políticos emitidos hasta el dia;

«La institucion de la legion de honor;

«Las recompensas debidas á los oficiales y soldados;

«Los socorros debidos á las viudas y sus hijos;

«La institucion del jurado;

«La inamovilidad de los jueces;

«El pago de la deuda pública;

«no tendria sino una existencia efimera  
«ni podria por consiguiente asegurar la  
«tranquilidad de la Francia y de Europa;

«Que si las basas enunciadas en esta  
«declaracion pudiesen ser desconoci-  
«das ó violadas, los representantes del  
«pueblo frances, cumpliendo hoy con  
«un sagrado deber, protestan con an-  
«ticipacion, á la faz del mundo entero,  
«contra la violencia y usurpacion; re-  
«comiendan y confian el mantenimiento  
«de las disposiciones que proclaman, á  
«todos los buenos Franceses, á todos los  
«corazones generosos, á todos los espí-  
«ritus ilustrados, á todos los hombres  
«zelosos de su libertad, y en fin á las  
«generaciones futuras.»

7 de  
Julio.

La cámara de los pares no quiso  
unirse á esta acta, y se disolvió por sí  
misma sin aguardar el peligro.

La cámara de los representantes con-  
servó hasta el último momento la  
misma firmeza y el mismo valor.

Los aliados ocupaban la capital, y  
Luis XVIII estaba en San Dionisio: Fou-  
ché habia tenido una conferencia con  
él, y sin dejar la presidencia de la co-  
mision ejecutiva, trajo en su bolsillo su  
nombramiento al ministerio de policia  
del rey. Obtuvo sin pena la disolucion  
de la efimera comision que presidia,  
sin mas oposicion que la de Carnot;  
pero reducido á ceder, se retiró lleno  
de indignacion.

La cámara de los representantes, á  
la abertura de la sesion, recibió el  
mensaje siguiente:

«Señor presidente, hasta el mo-  
«mento hemos debido creer que los  
«soberanos aliados no estaban confor-

«mes sobre la eleccion del príncipe que  
«debe reinar en Francia, y nuestros  
«plenipotenciarios nos han dado las  
«mismas seguridades á su vuelta. Sin  
«embargo los ministros y los genera-  
«les de las potencias aliadas declará-  
«ron ayer, en las conferencias que tu-  
«viéron con el presidente de la comi-  
«sion, que todos los soberanos se habian  
«empeñado en colocar de nuevo á  
«Luis XVIII sobre el trono, y que esta tar-  
«de ó mañana debe entrar en la capital.

«Las tropas extrangeras acaban de  
«ocupar las Tullerías, en donde reside  
«el gobierno.

«En este estado de cosas, no pode-  
«mos hacer otra cosa que votos por la  
«patria, y no siendo ya libres nuestras  
«deliberaciones, debemos retirarnos.

«El mariscal príncipe de Essling y

«el prefecto del Sena estan encarga-  
«dos de velar por el mantenimiento  
«del orden, seguridad y tranquilidad  
«pública.

«Tengo el honor, señor presidente,  
«de ofreceros nuevas seguridades de mi  
«alta consideracion.

Paris 7 de julio de 1815.

El presidente de la comision de  
gobierno. Firmado: el du-  
que de OTRANTO, GRENIER,  
QUINETTE, CARNOT, CAULAIN-  
COURT. »

Manuel, despues de la lectura de este  
mensaje, subió á la tribuna, y por un  
fuerte apóstrofe exhortó á sus colegas á  
la resistencia. «Habeis protestado de  
antemano, dijo, y protestais aun con-  
tra todo acto que hiera nuestra liber-



tad y los derechos de nuestros comitentes. ¿Tendriais que temer estas desgracias, si las promesas de los reyes se cumplieran? ¡Muy bien! Digamos como este orador célebre, cuyas palabras han resonado en Europa: Estamos aquí por la voluntad del pueblo, y no saldremos sino por el poder de las baionetas.» La cámara aplaudió con transporte, repitiendo por cuatro veces los aplausos, y fuéron cada vez mas vivos.

Eran las seis, y se iba á continuar la discusion de la constitucion. El presidente Lanjuinais pronunció estas palabras: «Queda levantada la sesion y se continuará mañana á las ocho.» Inmediatamente saltaron gritos de todas partes que decian: ¡Estamos en permanencia! ¡Guardemos nuestros puestos! ¡Muramos sobre nuestros bancos!

¡Esperemos al enemigo!» Se acusa á Lanjuinais de una segunda intencion, y se hace memoria de que muchas veces ha paralizado las enérgicas disposiciones de la asamblea.

«¿Porque, gritó el general Drouard, no mantener de hecho la permanencia de la asamblea? La suspendeis hasta mañana, porque pensais que la fuerza nos impedirá la entrada en este recinto.» — «No lo pienso, respondió Lanjuinais, y dejó la silla viendo los testimonios de la mas enérgica indignacion. «Aquí está la historia, dijo el general Solignac, recoge nuestras acciones. Pensad, señor presidente, que os cargais con una terrible responsabilidad.»

Lanjuinais persistió, y el día siguiente la fuerza armada impidió la

entrada al lugar de sus sesiones á los diputados del pueblo, que protestaron; pero quinientos mil soldados enemigos estaban allí para impedir el efecto de sus palabras.

El mismo dia entró Luis XVIII en la capital, y la restauracion real fué decidida.

Algunas plazas y fortalezas se mantuviéron aun, y la de Huninga fué la última que se sometió: Barbanègre, que la mandaba, resistió con cien soldados á todo el ejército austriaco, y capituló al fin, saliendo de sus murallas arruinadas con los honores de la guerra. Cuando los cincuenta hombres que le quedaban desfiláron, se preguntaba en donde estaban los defensores de Huninga; y se supo inmediatamente que era aquella toda su

guarnición. No pudo menos entónces de manifestar toda la gente testimonios de admiracion la mas sencilla. El archiduque Juan, que mandaba el sitio, le ofreció personalmente su estimacion, y en todas partes por donde pasó este héroe con sus compañeros, fué acogido con demostraciones de entusiasmo.

Tal fué la ultima escena de la revolucion.

FIN DEL TOMO TERCERO Y ÚLTIMO.

*Leiffl. Davalos*